



www.loqueleo.com/es

© 2019, Maite Carranza

© 2019, Luciano Lozano

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-341-2

Depósito legal: M-35.064-2018

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: octubre de 2019

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Maldito renacuajo

Maite Carranza

Ilustraciones de Luciano Lozano

loqueleq

A veces los piratas tienen hijos.

7

¿A que no se os había ocurrido nunca? Natural, es uno de los secretos mejor guardados del mundo.

El capitán pirata Barbarroja, conocido por su afición a beber la sangre de sus enemigos con una pajita, era uno de ellos. Lo malo es que no se acordaba.

—Capitán, su hijo le espera en su camarote —le comunicó una mañana su fiel servidor, el timonel Cuervo Azul.

—¿Mi hijo? ¿Qué hijo? —rugió el capitán creyendo que era una broma.

—Vuestro hijo Lucas. ¿No os acordáis de él?

El capitán se rascó la cabeza con extrañeza e intentó hacer memoria, pero lo de pensar no iba con él y lo de la memoria aún menos.

—Pues no, no caigo.

8 —Pobrecillo, él está convencido de que os alegraréis de verlo.

—¿Y por qué tendría que alegrarme?

—Porque eso es lo que los padres sienten al ver a sus hijos.

El capitán Barbarroja, que estaba poco entrenado en lo que respecta a sentimientos, se volvió a rascar la cabeza.

—¿Y qué se supone que debo decirle?

—Pues no sé, no tengo hijos, pero habladle con naturalidad, como si fuese un grumete.

El capitán comenzó a entender mejor de qué iba el juegucito de ser padre.

—Le saludo como a un grumete.

—Eso, pero no le hagáis fregar la cubierta.

—¿Por qué no? Está muy cochina.

—Mejor saludadle, y basta —sugirió Cuervo Azul.

El capitán Barbarroja tomó nota mentalmente: a un hijo no se le obliga a fregar la cubierta. Iba aprendiendo.

—De acuerdo, le saludo y luego le despido. 9

Cuervo Azul calló y bajó la cabeza.

—Me temo que no será tan fácil deshaceros de él.

—¿Qué quieres decir?

—¡Papá, papá! —Se oyó desde la otra punta de cubierta.

10 Cuando el feroz capitán Barbarroja se dio la vuelta vio a un niño de diez años, vestido con sus mejores galas, corriendo hacia él con las mejillas arreboladas y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Un momento, un momento...! —gritó con firmeza intentando detener a su cariñoso hijo.

Demasiado tarde, Lucas se abalanzó sobre su atribulado padre y lo llenó de besos, los primeros besos que recibía Barbarroja en su azarosa vida.

—¡Qué ganas tenía de conocerte! —exclamó el pequeño.

Barbarroja, asqueado, se deshizo de su hijo de un manotazo.

—¡Rayos y centellas! Un hijo cursi.

—¡Papá, lo siento! —se disculpó Lucas avergonzado—, es que me hacía mucha ilusión pasar estas vacaciones contigo.

—¿Unas vacacioooooones? —tronó la voz de Barbarroja haciendo temblar los mástiles y el mascarón de proa—. ¿Y eso qué es? 11

Lucas se extrañó de que su padre no supiera lo que eran unas vacaciones, pero entendió que los piratas trabajan todo el año sin descansar.

—Pues las vacaciones son los meses que tengo libres sin ir a la escuela.

—¿Y para qué sirven las vacaciones? —quiso saber Barbarroja.

—Para pasarlo bien y aprender cosas nuevas —se esforzó en aclararle Lucas—. A mí me gustaría aprender a ser un pirata, como tú.

Barbarroja lo miró de arriba abajo sin acabar de creerse que aquel renacuajo disfrazado de lord, y afectuoso como un perrillo faldero, fuera hijo suyo.

—¿Dices que quieres ser un pirata?

Lucas bajó la cabeza y se sonrojó.

12 —Sí, papá, te admiro mucho y quiero ser un pirata tan grande y famoso como tú.

Barbarroja se sorprendió. La vocecita de aquel pequeño intruso le había producido un cosquilleo en el pecho, algo así como una caricia dulce. Su hijo acababa de admitir que le admiraba y que deseaba ser como él. Lo curioso es que le había gustado oírlo.

«Vaya, vaya», se dijo entrecerrando los ojos e imaginando por unos instantes al pequeño Lucas convertido en un apuesto y aguerrido mozalbete. Y lo vio encaramado en lo alto del mástil, espada en mano, arregando a la tripulación.



En esos momentos su corazón palpitó más de la cuenta, como si tuviese prisa por conocer al futuro capitán Lucas convertido en un pirata tan temido como él. Y se hinchó como un pavo real.

14 Si Lucas se convirtiese en un valiente capitán, sería gracias a su sangre, a su herencia y a sus enseñanzas. Sería su heredero, el heredero de Barbarroja, y se quedaría con su barco y sus muchos tesoros.

¿Era eso un sentimiento de padre? ¿Significaba acaso que podría llegar a ser un buen padre?

—Muy bien, hijo. Yo te convertiré en un pirata de pies a cabeza.